PREFACIO

SI hace algunos años juzgué yo mismo empresa asaz temeraria traducir al castellano y publicar las Odas de Horacio, no sé cómo calificar ahora mi intento de poner en verso castellano también y de dar á la estampa las Bucólicas de Virgilio, tantas veces traducidas á todas las lenguas modernas y objeto de singular predilección por parte de los amantes de las letras clásicas.

Espero se me hará la justicia de creer que no he perseguido la vanagloria de unir tan sólo mi traducción á las muchas y muy hermosas que de las Bucólicas de Virgilio existen ya en lengua castellana, y que tampoco me ha movido el deseo de parangonar con aquéllas la mía escasa de mérito: que lo primero hubiera sido por mi parte una puerilidad, y habríame

expuesto lo segundo, sin compensación posible, á ser irremisiblemente vencido por todos los intérpretes del Mantuano, que antes que yo, han logrado, con arte sumo, hacer saborear á sus lectores vino añejo servido en odres nuevas.

Otro ha sido mi propósito.

Si antes Horacio y Virgilio eran, entre nosotros, de todos conocidos, porque quien no aprendía de memoria, siendo joven, sus obras en las aulas, las interpretaba después empeñosamente en la edad madura, hoy, que con la supresión de la enseñanza del latín, se ha dado de mano por completo á los estudios clásicos, la juventud de nuestras escuelas los tiene en poco y habrá de acabar por olvidarlos.

No soy yo de los que creen que antes que á las matemáticas, debe consagrarse en la enseñanza preferente atención al estudio del griego y del latín; pero no por eso dejaré de lamentar que se hayan arrebatado de las manos de la juventud los eternos modelos de la literatura clásica, que se la haya privado de la ocasión, tal vez única, de cultivar su espíritu con la contemplación de sus bellezas, y más aún que la juventud misma haga alarde de desdeñar ó en realidad desdeñe las útiles lecciones que con su estudio hubiera podido obtener.

Deber de todos los que anhelamos por el progreso de la literatura nacional es reaccionar contra esta tendencia, hacer que la juventud vuelva los ojos hacia los

viejos ídolos restaurados en sus altares y demostrar que bien se compadecen los nuevos cánones que sirven de base á la instrucción moderna, con el estudio de las letras clásicas, como los órdenes dórico, jónico y corintio habrán de continuar hermoseando y embelleciendo siempre las modernas construcciones que tienen el hierro y el acero por apoyo y por cimiento.

El objeto fundamental que con la instrucción moderna persiguen los pedagogos, es, sin duda, el desarrollo gradual de la inteligencia humana; pero no debe ponerse en olvido que para que ese desarrollo sea armónico, es necesario lograr á un tiempo el conocimiento de la ciencia y del arte, para que la una nos enseñe la verdad, arma incomparable en la lucha por la existencia, y el otro nos enseñe lo bello, aspiración suprema que nos hace amar la vida.

Si el vicio de los antiguos métodos de enseñanza, según una imagen de Spencer, consistía en abandonar la planta para no pensar más que en las flores que debía producir, no debemos caer hoy en el extremo opuesto de esterilizar la planta por el afán excesivo de conservarla, hasta llegar á privarla de la rica florescencia con que debe engalanarse en primavera.

¿Y qué mejor enseñanza artística que la que las letras clásicas pueden suministrar?

¿Y con qué florescencia más rica podrá engalanarse el espíritu, que con la que puede hacer brotar en él el estudio de la poesía griega y latina, únicas que lle-

naron el mundo de tales encantos, que lo hicieron digno de ser habitado por los dioses?

Pues bien: ya que la juventud en las escuelas no tiene ocasión de conocer las letras clásicas, precisa poner en sus manos las traducciones de los más eximios poetas griegos y latinos, hacer que aproxime sus labios sedientos á la fuente inexhausta de la eterna belleza y sembrar por doquiera, en los campos que rodean las colmenas, las flores de Anacreonte y de Teócrito, de Horacio y de Virgilio, para que en ellas de preferencia busquen las abejas laboriosas la miel que mañana han de acendrar en sus panales.

He aquí el objeto que antes persiguiera al dar á la estampa mis traducciones de Horacio; he aquí el móvil que ahora me guía al hacer conocer del público las Bucólicas de Virgilio.

Si la obra que emprendo es temeraria, sírvame de excusa la nobleza del propósito que me anima y lo útil del deseo que me alienta. La obra es temeraria, porque muchos, antes que yo, han llevado á término y remate la misma labor y, sin duda, con mejor acierto; pero habrá de resultar provechosa si logro despertar de nuevo el amor por la poesía pastoril, que no es otra cosa que la expresión del amor á la tierra, fuente de la grandeza de los hombres y de los pueblos.

Precisamente por el objeto á que mi traducción está destinada, va precedida del texto latino y acompañada del comentario gramatical, crítico é histórico de

Conington, Nettleship y Haverfield y de algunas notas mías.

Mr. E. Benoist, el célebre Profesor de Poesía Latina en la Facultad de Letras de París, reprocha y con justicia, á los traductores de Virgilio, la indiferencia con que eligen el texto latino de que hacen uso. Yo no he querido hacerme acreedor á tal reproche, y por eso he escogido el mejor texto de Virgilio que ha depurado la crítica moderna: el de Otto Ribbeck.

El texto de Ribbeck no está libre de censuras, ni de errores, los cuales ha hecho notar M. Kappes en lo que á la Eneida se refiere; pero con eso y todo es el mejor.

Lo que Heinsio hizo á fines del siglo XVII con el texto de Virgilio, después de estudiar y comparar durante treinta años la lección de los mejores M.S.S., Ribbeck lo ha hecho á mediados del siglo XIX, después de aprovechar los trabajos de interpretación de Heyne y los de crítica de Wagner. Ribbeck ha colacionado de nuevo los siete M.S.S. de primer orden: el *Vaticanus,* el *Sangallensis,* el *Mediceus,* el *Palatinus,* el *Romanus,* el *Veronensis* y el *Augusteus* y, además, todos los principales de segundo orden. Ha revisado cuidadosamente todas las citas que de Virgilio han hecho todos los escritores posteriores á él, las cuales son en número tan considerable, que hubieran bastado, si el texto de Virgilio se hubiera perdido, para reconstituirlo por completo; ha comparado, con más

diligencia que Macrobio, todas las imitaciones que Virgilio hizo de los poetas griegos y latinos y las que de Virgilio hicieron, á su vez, los poetas latinos; ha estudiado con rara sagacidad las variantes de los antiguos comentadores de Asper, de Probo, de Nonio, de Filargirio, de Servio y de las Escolias de Verona y de Berna y, por último, ha llevado á cabo, como dice Mr. Benoist, la investigación más extensa y profunda que hasta hoy se conozca acerca del texto de Virgilio.

Sin embargo, para que el texto de Ribbeck no parezca demasiado extraño á todos aquellos á quienes son familiares los antiguos textos, le he incorporado algunos versos desechados por él y colocados, ora al pie del texto, ora en las varias lecciones que lo acompañan.

En la Égloga I he dejado el verso que generalmente sigue al 17: "Sæpe sinistra cava prædixit ab ilice cornix," porque á pesar de no haber existido en ninguno de los antiguos M.S.S., ha perdurado en todos los textos. Este verso, que sólo se encuentra en el Oblongo y en el Longobárdico, fué suprimido por Egnatius en su edición de 1507 y en la tercera Aldina de 1514, preparada por Naugerio; pero restablecido más tarde por Pierio Valeriano en sus *Castigationes* de 1521.

En la Égloga II he vuelto á colocar en el texto los versos 32, 33 y 39 que Ribbeck desecha, tan sólo porque no aparecen interpretados en el comentario de

Servio. En todas las ediciones, no obstante, se han conservado los versos 32 y 33, fundándose no sólo en el indiscutible testimonio de Filargirio, sino en el de Acrón, el escoliasta de Horacio, quien los cita al comentar los versos 9 y 10 de la Oda XII del Lib. IV, y, además, el verso 39 ha sido reconocido por la Escolia de Berna, en la cual se dice que Amintas es Cornificio, uno de los enemigos de Virgilio.

El verso 19 de la Égloga V lo pone Ribbeck, siguiendo el texto de la mayor parte de sus M.S.S. en los labios de Menalcas, en lugar de colocarlo en los de Mopso. Como esta lección es contraria á la tradición invariablemente seguida en todas las ediciones de Virgilio, y Conington estima poco digna de fe la autoridad de los M.S.S. de Ribbeck, he dejado el verso en boca de Mopso, y como el precedente necesario de su canción.

Ribbeck suprime en la misma Égloga V el verso 49, porque lo considera interpolado al igual del 39 de la Égloga II, y yo lo he restablecido, sin embargo, tanto porque está en el *Palatinus* y en el *Romanus,* aunque en éste con alguna variante, como porque aparece citado en el comentario de Servio.

Con el propósito de establecer una forzada simetría entre las canciones de Damon y de Alfesibeo en la Égloga VIII, Ribbeck suprime el verso 51, que halló al margen de algunos de sus M.S.S. Antes que Ribbeck, y sin duda obedeciendo á idéntico propósito, G.

Hermannus había reducido á dos los tres versos 49 á 51, suprimiendo el final del 49 y el principio del 50; pero como ni con ese procedimiento pudo lograr restablecer la deseada simetría entre las canciones de Damon y Alfesibeo, se vió en la necesidad de colocar, después del verso 105, los versos 96 á 101. Heyne omitió por completo los versos 50 y 51; pero fueron restablecidos por Wagner en el texto de la cuarta edición de Heyne. Yo, á mi vez, he colocado en su lugar el verso 51, omitido por Ribbeck, á fin de no apartarme de la tradición.

Ribbeck, en la Égloga IX, atribuye á Lícidas los versos 46 á 50, siguiendo el texto del *Mediceus* y del *Gudianus*. Yo, al traducir, he seguido la tradición que tiene en su apoyo el texto del *Palatinus*, según las ediciones de Comelín y Ambrogi y la muy importante autoridad de Servio.

Por último, siguiendo á Servio, he restablecido el verso 17 de la Égloga X, que Ribbeck omite por creer que ha sido obra de una interpolación. José Escaligero colocó los versos 16 á 18 después del verso 8, y Taubmann siguió su opinión en sus dos ediciones de 1609 y 1618. Jamás ha habido autoridad bastante para justificar semejante dislocación en el texto.

Los cambios, como se ve, son insignificantes; no modifican el texto de Ribbeck, y harán que éste sea más fácilmente aceptado por los que por hábito han venido dando su preferencia al texto que Wagner es-

tableció y popularizó, modificando el de Heyne, en 1830.

El comentario de Conington, revisado por Nettleship y Haverfield, que reproduzco íntegro, traducido al castellano, es una obra maestra y habrá de contribuir, por modo extraordinario, á explicar los pasajes obscuros, á desvanecer las dudas que puedan asaltar á los lectores, y á hacer, en fin, más comprensible el texto de Virgilio.

No es el comentario de Conington una obra original; como él mismo lo declara, una gran parte de sus notas puede hallarse en los comentarios de los demás; pero á pesar de eso no hay un trabajo de interpretación y de crítica que pueda parangonarse con el suyo.

Conington sigue el texto de Virgilio, verso á verso; no hay pasaje difícil que no explique, ni variante que no señale, ni discusión crítica que no profundice, ni duda que no disipe, y hace todo eso con un juicio, una prudencia y una discreción dignos del mayor encomio. Huye de las interpretaciones violentas, á riesgo de no ser original; desconfía de las lecciones nuevas, hasta poner en duda su sagacidad, y evita las digresiones eruditas hasta hacer creer que dejó de profundizar su estudio; pero su obra es, sin duda, el mejor resumen de la crítica moderna sobre Virgilio.

Las notas que yo he agregado al comentario de Conington, y que están impresas con letra bastardilla, están tomadas, casi sin excepción, de los demás co-

mentadores que he tenido necesidad de conocer para llevar á cabo mi traducción con mayores probabilidades de acierto.

Servio, Filargirio, Probo y la Escolia de Berna, han sido objeto, por mi parte, de un estudio especial, principalmente Servio, que ha sido y seguirá siendo el mejor guía y el inseparable compañero de todos los comentadores y traductores de Virgilio.

He puesto á contribución, más de una vez, el copioso y erudito comentario del jesuita español La Cerda, que siempre se leerá con fruto, y las notas de Taubmann, de Emenesio y del Padre de la Rüe, autor este último del Virgilio de la conocida edición *In usum delphini,* que es una de las mejores obras de la colección.

La obra que me ha sido más útil, entre todas las que he consultado, ha sido, á no dudarlo, la cuarta edición de Heyne, preparada por Wagner, que contiene, además de los comentarios de Heyne, Wagner, Spohn y Wunderlich, las *Quæstiones Virgilianæ* de Wagner, estudio el más profundo y cuidadoso sobre la lengua de Virgilio y sus peculiaridades.

Por último, ni un solo instante he apartado de mi lado el Virgilio de Mr. Eugène Benoist, que es el trabajo de más alcance publicado en Francia sobre Virgilio, aun comprendiendo la colección Lemaire y el comentario de Dubner, á la manera de Juan Bond, escrito siguiendo á Heyne y á Wagner.

Cuando ya daba punto á mi labor, logré conseguir la edición latina del valiosísimo comentario de J. H. Voss y el Virgilio de Forbiger, que se considera en Alemania como un verdadero repertorio de todos los trabajos que á Virgilio se refieren, y además, la obra de Th. Ladewig que, aunque destinada de preferencia á las escuelas, contiene un comentario breve, claro y expresivo. Tan sólo me fué dado aprovechar á Ladewig al estudiar las Églogas IX y X.

Consulté también, con provecho, dos obras que no debe dejar de estudiar ningún traductor de las Bucólicas de Virgilio: la de Mr. John Martyn, intitulada «The Bucolicks of Virgil with an english traslation and notes,» y las «Notes on the Bucolicks and Georgics of Virgil with excursus, terms of husbandry and a flora Virgiliana,» de Mr. Thomas Keightley, que explican de una manera especial todos los asuntos relacionados con la flora de Virgilio.

Antes de dar término á este Prefacio, debo cumplir con el deber de hacer público mi agradecimiento á la Academia Mexicana, correspondiente de la Real Academia Española, sin cuyo estímulo, ni hubiera emprendido esta traducción, ni le hubiera dado cima, y muy principalmente á mi docto amigo el Sr. Don Ra-

fael Angel de la Peña, á quien se la dedico en testimonio de admiración y de amistad sinceras.

El Sr. Don Rafael Angel de la Peña ha aceptado con benevolencia esta dedicatoria, y por ello habré de vivirle siempre reconocido, porque mi libro ganará mucho en el mundo de las letras al amparo de su ilustre nombre.

México, Diciembre 9 de 1902.

ÉGLOGA I